

se debe no sólo a la estructura económica de una sociedad del tercer mundo, sino al tenue impacto que tienen los escritores hondureños en la audiencia de su propio país. En efecto, para Sosa los artistas de la palabra escrita "...carecen de un peso específico en el plano de la opinión pública, oficial y privada [...]. Las causas y efectos de la situación señalada se deben fundamentalmente a que la sociedad actual de 'la dulce Hibueras' se desgasta entre la invencible ignorancia y la doble moral y no puede encontrar, hoy por hoy, un ancla de esperanza" (p. 10).

Las más de mil respuestas que contiene *Diálogo de sombras* reflejan una diversidad de urgencias y necesidades. Sin embargo, es posible rastrear —más allá de las individualidades—, ciertas semejanzas que permiten conocer la situación común del escritor hondureño dentro de su contexto social. La primera es la ausencia de un adecuado aparato editorial que provenga del sector privado o estatal (para muchos intelectuales el Estado ha tenido un rol no sólo indiferente, sino muchas veces agresivo ante los artistas). Esta carencia editorial no ha permitido que algunos escritores publicasen sus trabajos en forma de libro, y su obra, actualmente, permanece dispersa en diferentes revistas. En segundo lugar, se rechazan concepciones como "el arte por el arte" y, muy por el contrario, se expresa el deseo de construir una literatura que cumpla una función dentro de la sociedad, cuyo principal beneficiario debe ser la gran mayoría. Este propósito se frustra ante la falta de una adecuada recepción: el escritor hondureño carece tanto de lectores como de una crítica literaria que reciban y apoyen su obra. Pese a estas difíciles condiciones, es necesario enfatizar la tenaz actitud por continuar en el ejercicio de la palabra escrita y nunca renunciar a ella. Así lo demuestra este libro de Roberto Sosa: 31 intelectuales que persisten y prosiguen con su producción. Así también lo demuestran las pocas editoriales (Guaymurás, UNAH) y revistas que han nacido a pesar de la ausencia de apoyo y que permanecen en vigencia.

Creo, finalmente, que este nuevo libro de Roberto Sosa es una valiosa contribución sobre la cultura de su país, y será un instrumento de consulta necesaria y obligatoria para aquellos que se dedican a la investigación de la literatura hondureña.

José Castro Urioste
Concordia College

Tomás G. Escajadillo. *La narrativa indigenista peruana*. Lima: Amaru, 1994.

En la heterogénea literatura latinoamericana surgida de un conflicto de culturas tal como ha sido descrita con singular acierto por Antonio Cornejo Polar, y dentro de las condiciones culturales en que la producción literaria era y es por demás magra con no muchos autores y cada uno de ellos con pocas obras —que a veces se diversifican en varias distintas orientaciones temáticas y estéticas— la empresa de definir la corriente indigenista y periodificar su evolución fue la difícil y arriesgada tarea que se propuso y llevó a cabo hace más de veinte años el profesor sanmarquino Tomás G. Escajadillo.

La tesis de Escajadillo (1971-72), que significaba una importante reconsideración de la literatura indigenista peruana, no encontró ambiente propicio para alcanzar una por demás merecida publicación, aunque varios de sus capítulos, cuyos temas particulares fueron las acertadas calas que verificaban la validez del enfoque teórico y clasificador del autor, fueron a lo largo de estos años publicados independientemente. El primer capítulo de aquella tesis, fundamento del conjunto de su trabajo, aunque inédito, fue también conocido y ejerció notable influjo en la tarea de otros investigadores que han creado el espacio crítico que permite, ahora que lo tenemos ya publicado, reconocer lo valioso de su aportación y los alcances teóricos de ella.

Hoy, gracias a que, sin duda, ha sido fructífera su propuesta, como lo

señala el testimonio de primera mano del profesor Cornejo en el prólogo a esta edición, puede en alguna medida ser útil que, retrospectivamente, se afine un tanto la ya antigua terminología del autor y sean reconsideradas algunas de sus afirmaciones.

Mientras que el *indianismo modernista*, temático uso del indio o empeño de literaria reconstrucción histórica, ha quedado ya bien situado como tendencia marginal, cabe, sin embargo, dudar de la exactitud del juicio de Escajadillo que considera a Enrique López Albújar y sus cuentos andinos como el inicio del indigenismo. Es indiscutible que en ellos aparece por primera vez, sin ningún trazo decorativo, la recia humanidad del personaje indio, logro artístico sin duda admirable. Pero no se puede negar que la vigorosa tensión del argumento que ofrecen sus cuentos —excelente calidad no bien reconocida—, sin duda alguna, superior, a la que en esa época encontramos en la obra cuentística de otros autores, es excelente, muy a expensas, sin embargo, de cualquier intento de promover la reivindicación del indígena que, fuera ya del discurso literario, tuviera el autor.

Como claramente se desprende de las dos primeras secciones del libro de Escajadillo, de lo que se trata en el texto indigenista es de una propuesta de *reivindicación del indígena*, característica que, entre otras señaladas por el autor, es la más objetivamente mensurable. Es, por lo tanto, sólo la calidad de esa propuesta lo que funda la distinción entre el indianismo romántico, que preferimos denominar *indigenismo romántico-realista* (el adjetivo *idealista* del autor deja de ser necesario) y el *indigenismo ortodoxo*. El primer indigenismo *romántico-realista* de *Aves sin nido*, de Clorinda Matto de Turner, cuyo ambiente de producción y recepción han sido ya claramente expuestos por la crítica y también evaluadas las limitaciones ideológicas de su enfoque y lo inadecuado e impracticable de sus idealistas propuestas de "solución", queda, sin duda, como un primer y por demás limitado ensayo de reivindicación.

Desde esta perspectiva, creemos que el indigenismo maduro ("ortodoxo") es término que debiera evitarse por sus perversas connotaciones), puede ser mejor identificado por el calificativo de *realista-reivindicatorio*. Tal denominación facilita describir el posterior desarrollo de la corriente indigenista al que, como ya Escajadillo se adelantaba a anunciarlo en sus primeros trabajos y lo confirma en sus nuevas contribuciones, puede muy bien llamarse *neo-indigenismo*, puesto que el referente indígena y el contexto socio-económico en que el indio sobrevive (y en el que la reciente literatura se produce y es percibida) han experimentado un rápido y enorme cambio. Así se puede comprobar cómo el *neo-indigenismo*, de un lado, enfoca un vasto mundo en el cual el indígena y su cultura naufraga y se amalgama dolorosamente, y, de otro lado, maneja refinados recursos técnicos de la narración occidental modificándolos y reelaborándolos con el objeto de conseguir un lenguaje eficaz para cumplir la compleja tarea testimonial de su protesta.

En cuanto a la posibilidad de atribuir una función y valor *cancelatorios* a algunas obras cumbres de la corriente indigenista, creemos que es muy dudoso que se pueda encontrar tal función como constitutiva del diseño de una obra específica o de un conjunto de obras; creemos que, en todo caso, señalarla requiere una evaluación particular, explícita y justificada de la crítica. No se ha dado en la historia la cancelación del fenómeno social que constituye el referente de la corriente literaria, sino sólo cancelaciones parciales que corresponden a su paso de una etapa a otra en el conjunto de la evolución del sistema social. Se observa, en cambio, el surgimiento de una diversidad de perspectivas y de nuevos enfoques en la producción literaria, multiplicidad que bien responde a la indudable complejidad calidoscópica del proceso social en nuestros días.

El artículo "El indigenismo de Mariátegui" (1988), recogido en el libro como la primera de las "Reflexiones complementarias", constituye testimonio que reitera una vez más el constan-

te reconocimiento de una deuda intelectual. A la vez, por haber explícitamente retomado los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de Mariátegui, siguiendo la línea de Alberto Tauro y de la exégesis de Adalbert Dessau, las investigaciones de Tomás G. Escajadillo sobre el indigenismo tuvo también el notable mérito de haber contribuido decisivamente a dilucidar la importancia de la analítica literaria del director de *Amauta* cuya validez queda firmemente verificada. Tal verificación, en la que el fenómeno literario se engrana con el cuadro total de la sociedad y su cultura, conduce a una visión más completa y exacta del pensador Mariátegui, quien, mientras el avizorar posibilidades llevaba a que otros, al acentuar promesas, soslayaran serios conflictos, optó por enfrentar el Perú como problema y por describir sus líneas estructurales para plantear, en cambio, la necesidad de una concepción socialista humanista en la búsqueda de soluciones. A ello se debe que, cuando tras ocho décadas tales posibilidades postuladas no han alcanzado viabilidad o hasta han empezado a ser relegadas mientras los problemas se han hecho más urgentes, el diseño de José Carlos Mariátegui conserve desafiante vigencia aunque, sin duda alguna, varios nuevos factores de una mucho más compleja problemática social deban ser tenidos en cuenta.

Sin afirmar irresponsablemente que los autores y obras anteriores a 1970 hayan sido suficientemente estudiados, es posible decir que, gracias al impulso de las primeras y recientes contribuciones de Tomás G. Escajadillo, la crítica ya ha señalado con claridad las características fundamentales y principales líneas de la corriente indigenista peruana hasta el momento cumbre del indigenismo realista-reivindicatorio y nos ha entregado también sustanciales juicios sobre la subsiguiente producción neo-indigenista. Ya definitivamente superada a su favor toda vieja polémica y ya reconocidas las consecuencias historiográficas y teóricas a que han dado lugar sus investigaciones, esperamos que ahora Tomás G. Escajadillo, en una expo-

sición reelaborada y exhaustiva de sus estudios y del trabajo de la crítica de las dos últimas décadas, repita, lleve adelante y complete la antigua hazaña de su pionera tesis de 1971-72 con la final entrega de un imprescindible manual que contenga una medular historia completa del conjunto del movimiento indigenista hasta nuestros días.

Armando F. Zubizarreta
Case Western Reserve University

Florinda F. Goldberg. Alejandra Pizarnik: "este espacio que somos". Maryland: Ed. Hispamérica, 1994.

En los últimos años la figura literaria de Alejandra Pizarnik parece haber cobrado —a título póstumo— una notable relevancia, de lo cual dan buena muestra los (aún escasos) estudios monográficos que recientemente se han ido incorporando a la crítica, más bien dispersa en prólogos y artículos, sobre su obra. No obstante, como señala Goldberg, "no poco de ese interés se orienta menos hacia el análisis de sus textos que hacia su fascinante personalidad y los avatares de su biografía (...) también interesan su condición de judía e hija de inmigrantes, (...) y, como era de esperar de las tendencias prevalentes en los estudios literarios actuales, su condición de mujer" (14). Más adelante añadirá también que "no abundan las exposiciones realmente serias sobre su poesía, ni las que se hayan propuesto abarcar analíticamente la totalidad de su obra; en varios casos, los textos de Pizarnik parecen haber sido el detonante de la expresión personal del crítico antes que su objeto de investigación" (17).

La poesía de Pizarnik (su obra en general), pues, precisa todavía de análisis rigurosos cuyo centro de atención esté constituido por su propia palabra poética, y por las coordenadas de su imaginario particular. En este sentido, la temática existencial, y la preocupación por el lenguaje, han sido hasta